

En una cafetería del centro de Madrid hay una mujer sentada leyendo el periódico. Lo hace, cada domingo, de manera religiosa. Siempre llega pronto para poder ocupar la mesa de la ventana. La primavera se acaba y el sol matutino de los primeros días de junio baña todo el salón. La luz jueguea y se abre hueco entre mesas y sillas tapizadas, se entretiene buscando reflejos en servilleteros que la proyectan en diferentes direcciones. Los ceniceros negros y brillantes delatan que la escena es de otra época, no muy lejana, aunque la lejanía depende de la edad que se tenga y lo rápido que pase la vida, porque hay una edad en la que todo empieza a acelerarse, esa en la que nos damos cuenta de que ya hay más ayeres que mañanas.

Pero la mujer del cuadro no piensa en eso. Ha llegado feliz después de pasear por una ciudad que se desperezaba todavía, de saludar a Antonio, el quiosquero de toda la vida que, nada más verla, le ha preparado su periódico. Ha saludado, al entrar al café, a Felipe, que no ha necesitado preguntar por lo que iba a tomar, lo sabe de sobra. Acomodada, con la ventana abierta ha observado ondear la bandera de Italia, que queda fuera de la escena, pero que veríamos si sacáramos la cabeza un poco. El edificio de enfrente es la embajada del país transalpino, uno de sus destinos favoritos, el lugar al que siempre volvería. El periódico no trae grandes titulares y eso es ya una buena noticia. Su mejor amiga acaba de entrar y cuelga el abrigo en el perchero. La mañana se estirará entre risas y confidencias. Será un buen domingo.

He cogido muchas veces el 2 en Gran Vía para ir hasta Manuel Becerra justo en ese punto en el que ha abandonado Plaza España y se dispone a afrontar todavía tres paradas más en una de las calles más populares de nuestro país. El autobús llegará prácticamente lleno a la Calle Alcalá. Pero nada de eso se ve en la obra. El protagonismo es para el conductor y para una maraña de reflejos que, a modo de trampantojos, hacen que el cuadro no acabe nunca y pueda entretener nuestra mirada durante horas. Si nos fijamos, la única viajera visible es una ilusión, una figura que emerge desde algún efímero cartel pegado en una pared vecina. Así, Manuel, pongamos que se llama así, se convierte en chofer de una estrella fugaz, que se desvanecerá en cuanto acelere, y Manuel será ya siempre, gracias a este lienzo, el que la pasea por la calle más cinematográfica de la ciudad. Manuel trabaja ese día festivo, pero por la noche irá con su mujer a ver una película a uno de los cines que dejará atrás en breve. Ha sido un domingo duro, como todos los domingos en una gran ciudad y en esa ruta, pero terminará siendo un buen domingo.

Ajeno a las conversaciones y murmullos, abrigado con gorra y bufanda, afinada la guitarra, el músico toca canciones que sabe que todo el mundo conoce: no son sus preferidas, su estilo es otro, pero hay que ganarse la vida.

El modesto amplificador está a un volumen lo suficientemente alto como para que el respetable identifique el tema, pero contenido como para que la melodía se mezcle sin problemas con las conversaciones y no se haga molesta. Hay armonía en la escena, quizá por ser domingo y porque todos han aparcado sus preocupaciones a la entrada de un parque del Retiro con los árboles pelados por un otoño que anuncia un invierno frío. Quizá la armonía viene dada por las caricias: se acaricia la guitarra, se acaricia a un perro un poco más allá, y se acaricia el pelo la señora que da cuenta de una cerveza y un plato de aceitunas. Es curioso, pero este cuadro empieza siendo hiperrealista en un primer plano, con el foco sobre el músico, pero termina convertido en expresionista (alemán, me atrevería a decir) con las figuras del fondo y los clientes del bar situados en planos más lejanos. Nuestro guitarrista lleva un minuto con los acordes de *Hotel California*, alguien al fondo la canturrea, apunta buenas maneras ese frío domingo.

Pintar un instante, ser capaz de detener el tiempo con un pincel, es algo que siempre me ha provocado admiración. Cuando ese instante es además cotidiano el valor de esa obra crece por una razón muy sencilla: en lo cotidiano estamos todos, es un territorio habitado por gente como usted o como yo, que puede verse reflejada, nunca mejor dicho, en lo que se admira. Y esa sensación le embarga a uno cuando se pone delante de alguno de los cuadros de José Miguel Palacio. Hagan la prueba, no les engaño, hagan la prueba porque en cada uno hay un relato que está por escribirse, como los tres ejemplos anteriores. Hay un relato en ese paseo por la calle Princesa, en el escaparate de los grandes almacenes devolviéndonos la verdad o en las inalcanzables prendas expuestas en las tiendas de lujo que invitan a asomarnos para comprobar cómo eso de “se mira, pero no se toca” es muchas veces una realidad. El nivel de virtuosismo y destreza de Palacios es patente en cada una de las obras de esta exposición. En esa luz y detalle abrumador del puesto de especias del mercado de Maravillas donde uno podría perfectamente hacer ahora mismo la compra y llevarse medio kilo de lenteja castellana, un cuarto de alubia canela y un puñado de frijol negro. Y qué decir de esos trenes llegando a estaciones, animales casi mitológicos que nos llevan de un lugar a otro con nuestras preocupaciones y sentimientos a cuestas. En el cuadro titulado *Altaria entrando en la Estación de Atocha*, el ojo se nos va al cielo de la tela para terminar provocando una pregunta: ¿cómo demonios ha podido pintar ese enjambre de tendidos eléctricos, cables, catenarias, postes y demás elementos necesarios para que todo funcione? La respuesta quizás haya que buscarla en su biografía: José Miguel Palacios, zaragozano de nacimiento, llegó en los 90 del pasado siglo a Madrid, y lo hizo en tren, y ahí probablemente su cabeza empezó, sin saberlo, a pintarlo.

Escribía antes sobre que esta muestra se desarrolla en el terreno de lo cotidiano, en la rutina de un día cualquiera en la ciudad, en Madrid, a la que el artista homenajea y de la que levanta una especie de acta notarial a la que se puede volver periódicamente para ver cómo cambia el paisaje y por tanto esa rutina y por tanto la vida. Esa esquina del Bernabéu es ya irreconocible, y sin embargo existirá siempre en esa obra, igual que el niño del carrito del fondo será siempre un niño dentro de esos 60x100 centímetros del óleo.

No les hago ningún descubrimiento si les hablo, se habrán dado cuenta solitos, de la importancia del reflejo en cada una de estas, podemos llamarles, ilusiones reales. La recreación de superficies reflectantes es una constante en la historia del arte desde al menos el siglo XV, una especie de acto de rebeldía. Contra los que consideran una pintura como una ventana, suficiente en sí misma, otros rompen los límites del marco y pintan lo que a priori no debería verse, creando un doble escenario sumamente atractivo. Hay reflejos que darían para escribir una novela, el de los Reyes en *Las meninas*, por ejemplo, o el misterio de *El matrimonio Arnolfini* de Van Eyck.

Pero, si avanzamos en el tiempo, es imposible, al ver la obra de José Miguel Palacio, no pensar en uno de los grandes maestros del hiperrealismo, el americano Richard Estes, quien retorció hasta lo impensable el reflejo, tanto que el motivo era la excusa para pintar lo reflejado: vean sus famosas cabinas de teléfono, su tienda de flores o su hamburguesería. Captar el reflejo, convertirlo en otro lienzo subyacente al principal, ensancharlo hasta el límite, retar la mirada del espectador para que sea capaz de ver la enorme riqueza de elementos y lecturas son una constante en artistas de todas las épocas, pero nunca usada como mero artificio, el reflejo tiene una razón de ser y las obras aquí expuestas lo demuestran, enseñan el reverso para que todo cobre sentido.

Si usted vive en Madrid o la visita con frecuencia, no sería extraño que se cruzara con nuestro artista, cámara de fotos al hombro, buscando el mejor ángulo, el mejor rincón para captar la esencia de lo que luego trasladará al lienzo. No le vale cualquier escenario, hay un amplio trabajo de investigación y documentación detrás del lugar elegido y sólo después de un profundo estudio empuñará los pinceles para atrapar un afortunado pedazo de vida que será eterno siempre.

Carlos del Amor